

SOLIDARIDAD

GRANDES EVENTOS QUE RESUELVEN GRANDES PROBLEMAS

La repercusión mediática del rally Lisboa-Dakar, que pronto cumplirá 30 años de vida, no sólo es aprovechada por el marketing deportivo y los patrocinadores. Algunos aprecian el valor de reclamo que tiene esta carrera para sensibilizar a la audiencia sobre graves problemas sociales.

De donde vienen los cayucos...

por T. Fernández

Las fórmulas para la solidaridad son innumerables. El altavoz de los grandes acontecimientos parece un modelo eficaz para la ayuda.

“Si no podemos trabajar aquí en Senegal, lo mejor es que recojamos todo y nos vayamos de África”. Quien dice esto es Iñigo Arenillas, de la Agencia de Cooperación del Ministerio de Asuntos Exteriores en Dakar, refiriéndose al carácter fácil y emprendedor del senegalés, y a las condiciones en las que se puede desarrollar allí la ayuda humanitaria. Parece que en Senegal, como en muchos otros países de este increíble y destrozado continente, es posible trabajar y cooperar.

Hace ya unos días que terminó el Rally Lisboa-Dakar, y aquí ya no rugen los motores, pero ni siquiera la participación de la hija del presidente senegalés -Sindiely Wade- en el Lisboa-Dakar ha logrado evitar que sigan resonando los mismos problemas de siempre, entre otras cosas porque aunque terminó la carrera, no logró una posición meritoria. Sindiely formaba parte este año del gran circo del Dakar, que ofrece durante unos días la posibilidad de multiplicar los precios a la multitud de turistas que acuden al paso de la aventura.

La prensa de medio mundo ha estado pendiente de un rally que pronto cumplirá 30 años y que, durante unos días monta su carpa del sueño occidental junto a la realidad de un país en el que el salario medio mensual apenas llega a los 120 euros, y en el que el 23% de los niños sufre desnutrición.

El encanto mediático que supone la carrera y la atención universal que se le presta, ha animado a algunos a aprovechar el ruido del Dakar para ayudar a la gente que se encuentra cada año en el camino de coches, camiones y motos. Es el caso del equipo Pelayo-Aldeas Infantiles SOS, que ha aprovechado la repercusión de esta aventura deportiva, no para buscar ninguna donación, sino el apadrinamiento de 4.000 niños durante los 15 días que dura la competición.

Aldeas Infantiles, como la de Dakar (una de las 12 con las que



A la izquierda, un grupo de niños que vive en la aldea infantil de Dakar, en un descanso entre sus clases. Abajo, Xavier Arenas y Carlos Reig, pilotos del equipo Pelayo-Aldeas Infantiles SOS durante su visita a la aldea de Dakar, un día después de concluir el rally que ha servido de altavoz para dar a conocer la situación de millones de menores y lograr nuevos apadrinamientos.



El encanto mediático del Dakar puede ser un reclamo para la actividad solidaria

esta organización cuenta en África), sigue el método iniciado en 1949 por el austríaco Hermann Gmeiner, que al contemplar la situación lamentable en la que se encontraban los huérfanos de la Segunda Guerra Mundial y numerosos niños apátridas tras la contienda, comenzó en la ciudad tirolesa de Inst la construcción de la primera Aldea Infantil SOS del mundo, que cumplió 50 años en 1999.

En la aldea de Dakar, Jeanne Kassoka explica el papel de las madres que aseguran el cuidado y educación de los niños. Estas madres llevan independientemente a sus familias, unos diez niños, entre uno y 15 años. Además, está la figura de la tía, una persona que recibe un entrenamiento antes de ser definitivamente madre. Jeanne tiene dos hijos biológicos, pero su vida ahora está dedicada a sus vástagos de la al-

dea de Dakar. Estos hijos adoptivos establecen lazos afectivos con la madre que duran para siempre, ya que ésta no cambia nunca, ni se separa a los hermanos. Jeanne vive en una de las 15 casas que integran este centro de Aldeas Infantiles en la capital senegalesa. Allí se crían 150 niños que, al cumplir 16 años, se “reinsertarán” en la sociedad de su país, formados, y pasarán a vivir con familias estables. Se

cumple así el objetivo de prestar ayuda *in situ*. Cheikhou Omar, director de la aldea de Dakar (en Senegal funcionan cuatro de este tipo), señala asimismo que este tipo de poblados son autosuficientes. La aldea recibe diariamente a numerosos niños del exterior que se educan en el centro, y pagan por ello, de manera que estos menores externos suponen una fuente de ingresos adicional.

¡Cierren esa puerta!

La llegada a Gorée por mar es como desembarcar en una película de piratas. Si uno consiguiera unos cuantos trajes de época y una cámara, no haría falta mucho más para rodar una película, porque el decorado está siempre listo. A la derecha del puerto, un fuerte con cañones vigila las operaciones de amarre, y parece como si de alguna de las ventanas de esas casas perfectamente conservadas fuera a salir el orondo gobernador con su catalejo, apurando una copita de sherry. El puerto es apenas un pequeño embarcadero y una playa, donde van y vienen los cayucos de pesca. Y la gente de Gorée es alegre -quizá sea sólo una estrategia para vender collares o manteles- y parece vivir feliz. A veinte minutos de Dakar en ferry, los 1.200 habitantes de la Isla de los Esclavos han tomado posesión de un territorio cargado de símbolos para los africanos. Dicen que en ningún otro lugar de este continente hay señales tan evidentes y vestigios tan claros del horror que supuso para millones de seres humanos el ser arran-

cados de sus casas, de sus familias y tierras para ser vendidos y obligados a trabajar de por vida a miles de kilómetros. Pero 'La casa de los esclavos' es el resumen y la huella de ese horror que hoy todavía no ha terminado. Es el centro de visita para cualquier turista que llega hasta Gorée, aunque en su interior es fácil olvidarse de los collares y las postales, y de la aparente felicidad de sus 1.200 habitantes. Las habitaciones donde se hacían, convenientemente separados, hombres, mujeres y niños; o la sala de pesaje, donde sólo tenían oportunidad de vivir aquellos candidatos que superaban los 60 kilos, son pedazos de una vergüenza que será imposible convertir en parque temático. Y la puerta... Esa puerta... Siempre abierta, estrecha y baja. Se llega hasta ella desde un pasillo oscuro, y se abre al mar. Por esa pequeña puerta pasaron durante dos siglos millones de seres humanos que pesaban lo suficiente para vivir como esclavos a miles de kilómetros de África. Hace un par de días, seguía abierta.



'La puerta del viaje sin retorno', en Gorée